

Mons. Tihamér Tóth
Obispo de Veszprém (Hungría)

El texto está en la páginas siguiente

¡Joven!
¡así debes ser!

Selección ordenada por el
M. I. Sr. Dr. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca

El alma de cada joven es una mina de diamantes inagotable, es una promesa en que late un desarrollo inconmensurable.

Resumen adaptado por
Alberto Zuñiga Croxatto

XXII. — LA RESPONSABILIDAD DEL GRAN PRIVILEGIO

Tan sólo al hombre le es dado hablar. El loro y la cotorra saben remedar las palabras humanas; pero tan sólo el hombre es capaz de crear palabras.

¿Pero no sientes, joven, en seguida la responsabilidad que tiene el hombre por esta posición privilegiada? Si es tan sólo derecho del hombre el hablar, entonces, es deber suyo que hable según la verdad, que use las palabras en su sentido recto.

El animal no tiene palabra; sólo ladra, relincha, muge, chilla... ¡cáscara sin grano! La palabra humana no es cáscara vacía; tiene su contenido y éste zahiere o alaba, ofende o acaricia, corrige o pervierte. Por lo tanto, la palabra pronunciada es de una tremenda responsabilidad. De quien no pesa sus palabras antes de pronunciarlas no podemos decir que tenga carácter.

La veracidad es una de las propiedades básicas del carácter. Es un adorno natural, casi diríamos consustancial, de los muchachos; por lo tanto, es muy peligroso que se acostumbren a mentir, porque esto, en muchos casos, puede ser un síntoma de degradación espiritual, de depravación.

Dice la Sagrada Escritura, con palabras claras: «*Menos malo es el ladrón que el hombre que miente a todas horas*» (Eclesiástico 20, 27). El ladrón causa daño solamente en lo material, pero la mentira hiere a la persona; el ladrón hurta objetos inanimados, pero el mentiroso envenena el aire, porque echa a perder la confianza mutua de los hombres.

¿Qué sería de la sociedad si la mentira fuese tomando incremento? Nadie podría creer al otro. El hijo no podría creer a sus padres, ni los padres a sus hijos. En cada momento se habría de sospechar: éste quiere engañarme ahora. No me atrevería a tomar la sopa, por miedo de que me envenenase la cocinera. No me atrevería a llamar al médico, temiendo que me matase a propósito, etc. No se puede vivir de esta manera. Ved ahí, pues, cómo la mentira es contraria a la sociedad humana.

Nuestro Señor Jesucristo, la Verdad eterna, hablaba con suavidad a toda clase de pecadores; pero su palabra fulguraba cuando

estigmatizó con el nombre de hipócritas a los fariseos mentirosos y descargó el ¡ay! fatídico sobre sus cabezas.

¡Y cuán inútil es la mentira!

Si bien has logrado una ventaja exterior a trueque de la mentira, es mucho más lo que perdiste en tu interior, rebajando el respeto que a ti mismo tenías. Por ejemplo, mentiste por jactancia y, realmente, te hiciste admirar de tus compañeros. «Pero no has sido tú a quien admiraban, sino la careta que llevabas.» O mentiste por miedo al castigo. «Pero habrías dado pruebas de una fuerza de ánimo mucho más gallarda si hubieras mostrado sinceramente tu falta, y así, por lo menos, te habrías mostrado merecedor de confianza». La mentira siempre es señal de debilidad y de cobardía: menoscaba la dignidad personal del joven.

«En vano se esconde el burro detrás de la puerta: se le ve la oreja»—dice un refrán—. Al hombre mentiroso le es forzoso tener buena memoria, pero en vano, porque un día u otro caerá en contradicción; ha de alimentar una mentira con otra, si quiere mantenerlas en pie; y para mantener la segunda mentira ha de mentir por tercera, cuarta o décima vez. Al desviarse una vez del camino de la verdad, se pisa un terreno pantanoso en que los pies van sumergiéndose cada vez más. El mentiroso al día siguiente ya no se acuerda de lo que dijo ayer, y al término del camino, le espera la vergüenza, la pérdida del honor.

La mentira es un hijo monstruo de la vida moral: y los monstruos no suelen tener vida larga.

¿De que le sirve al hombre mentir? Podrá mañana engañar a su prójimo, pero a Dios nunca. ¡Qué grotesca figura la del hombre cuando se presenta con la máscara de la mentira ante Dios, que es omnividente y cuya mirada lo atraviesa y penetra todo!

Si el cristal de una ventana cubierto de polvo y barro pudiera hablar y dijera al sol: «¡Mira qué hermoso espejo de Venecia soy yo!», el sol contestaría con risa: «¿A qué vienen estas pretensiones? Mi mirada te atraviesa.» Y si el charco dijera al sol: «¡Mira qué lago cristalino soy yo!», el sol se reiría, contestándole: «¿A qué viene tamaña pretensión? Bien veo yo toda la suciedad que hay en ti».

El ojo de Dios nos atraviesa mejor que el sol al vidrio y penetra en nosotros más profundamente que el rayo del sol en el fondo del agua.

«Pero os aseguro —así suelen excusarse los hombres— que yo no suelo mentir. Por lo menos, con el designio de perjudicar al prójimo. Esto sería una infamia. Pero aquellas mentirillas inocentes: un poco de fanfarronería, una pequeña balandronada, una mentira convencional, un poco de bravata, un cargar las tintas, unas leve jactancia, una fina tergiversación de la verdad..., todo esto es muy difícil de evitar, y no perjudico a nadie con estas cosas. Dígame, pues, ¿por qué ha de ser pecado la mentira que no perjudica a nadie?»

Pues te lo diré. Porque tal mentira no existe.

¿Cómo se entiende? Pues, sencillamente, que no hay mentiras inocentes, que no hay mentira que no dañe a nadie. Tal mentira no existe. *Porque, aunque no perjudique a otro, seguramente te dañará a ti mismo.*

¿Pero cómo puede entenderse esto?

Según el precepto de Nuestro Salvador, todos hemos de tender a imitar con la perfección de nuestra alma al Padre celestial (San Mateo 5, 48); por lo tanto, también hemos de imitarle en el amor a la verdad, en la veracidad, en la rectitud. Y debo asemejarme a Dios, al Dios veraz, en el grado en que evite la mentira.

La verdad lleva un rasgo divino en su frente y el que peca voluntariamente contra la verdad peca también contra Dios, aun puesto caso que no perjudique al prójimo.

XXIII. — «MÁNDAME HACER LO QUE QUIERES»

Respeto a la autoridad. No parece sino que tal concepto falta por completo en el ideario de muchos jóvenes. ¡Oh! ¡Estos noveles titanes! ¡Cómo saben criticar y rebajar hasta el suelo todo cuanto existe, escuela, profesor, casa, padres, catecismo, catequista!

Todo lo que hubo en el mundo antes que ellos, todo es «nada»... Todo cuanto se les exige en la clase no deja de ser una «estupidez inútil». Lo que aprenden en el catecismo es «un modo